

DOMINGO XXV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 2, 12.17-20): *Lo librará de las manos de sus enemigos.*

Salmo (53, 3-6.8): *«El Señor sostiene mi vida».*

2ª lectura (Santiago 3, 16 – 4, 3): *Pedís y no recibís, porque pedís mal.*

Evangelio (Marcos 9, 30-37): *Quien quiera ser el primero, sea el servidor de todos.*

Jesús enseña a sus discípulos con sus palabras y acciones. Iban por Galilea, de camino, y les anuncia su Pasión, Muerte y Resurrección, todo lo que va a suceder y ellos han de interiorizar. En este momento tan importante resulta que estos no han entendido nada. Todavía les pueden sus dudas y necesidades de grandeza. Discutían sobre quién era el más importante. Para ellos estos términos eran de grandeza, de puestos destacados, de *“qué vamos a sacar nosotros que lo hemos dejado todo”*.

Quien quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos. Así de claro lo dice Jesús, para que todos lo entiendan. Y si quedaba alguna duda, abraza a un niño y dice: *«el que acoge a uno de estos en mi nombre, me acoge a mí y al que me ha enviado»*. Esto sí que es invertir las lógicas humanas de grandeza y de dominio por las de servicio y entrega. Esto de Jesús sigue siendo actual si de verdad queremos seguirlo: es elegir lo último, hacerse pequeño, y servir a los hermanos. Hablamos mucho del servicio, pero lo practicamos poco. Creemos que servir no es rentable, ni da prestigio, ni seguridad humana. Pero sí la de Dios.

Hacerse servidor trae suspicacias humanas. No todos están dispuestos a entender que queramos vivir atentos a los hermanos. Lo dice Sabiduría: *acechemos al justo, se opone a nuestro modo de actuar; si es hijo de Dios, ya lo salvará*. Esto está siempre presente. No las ideas, sino la práctica de la justicia, la verdad, la buena intención, la defensa de la vida, los derechos humanos, la lucha contra la discriminación, producen rechazos y críticas. La justicia incomoda y cuestiona porque saca a la luz el mal obrar de personas y sociedades.

Dónde encontrar la fuerza, a qué agarrarnos para caminar seguros en busca del bien. El salmo que hemos rezado hoy está lleno de certezas: el Señor sostiene mi vida, salva por su nombre, es mi auxilio, escucha mi súplica. Y nada de envidia, ni rivalidad, que es lo que se crea al querer ser el más grande. Lo nuestro, como seguidores de Jesús, ha de ser dejarnos iluminar por su Luz, por su Sabiduría: *apacible, comprensiva, conciliadora, misericordiosa*. A los cristianos se nos ha de notar por nuestro obrar *“mirad cómo se aman”*, decían de las primeras comunidades cristianas.

Cuando sólo ambicionamos según nuestros deseos y aspiraciones podemos acabar asesinando a los demás, impidiéndoles conseguir lo que nosotros les arrebatamos sin pensar que quizás ellos eran primero que nosotros en el orden de alcanzar los bienes que Dios brinda con generosidad.

Estos bienes son siempre regalo y don de Dios que se ofrecen como una bendición divina sobre el esfuerzo y la respuesta favorable que el ser humano realiza ante el don radical de la existencia y ante otros dones con que Dios regala al hombre. El hombre justo es el que reconoce esta benevolencia de Dios y nunca alardea ni pretende preferencias por ser su hijo. Sabe que su padre es Dios y que siempre vendrá en su auxilio.

La libertad con que Dios creó al ser humano lleva consigo el riesgo de una respuesta negativa, que olvida el carácter dadivoso de todo bien y se autoproclama señor y dueño de los bienes recibidos. La sabiduría que viene de arriba nos ayuda a superar este riesgo y fomenta nuestra actitud de agradecimiento ante los dones recibidos, nos ayuda a reconocer nuestros límites y a afrontar las dificultades que lleva consigo el alcanzar una vida digna.

Entonces ¿de dónde salen esas guerras y contiendas que enfrentan constantemente a unos contra otros? Por la codicia y ambición que nos impulsa a ser los primeros, a ocupar los primeros puestos, sin pensar que delante de Dios hay sitio para todos y que su mirada benévola y complaciente nos coloca en lugar preferente.

El evangelio dice con claridad que las enseñanzas de Jesús resultan difíciles de entender sobre todo cuando anuncia que la paz y el bienestar pasan por el dolor, el sufrimiento y hasta por la muerte ignominiosa en la cruz. También nos recuerda el evangelio que tenemos miedo de afrontar la verdad y el apóstol Santiago señala la razón de ese miedo: *“fomentamos en nuestro corazón celos amargos y espíritu de contienda, queremos poseer para jactarnos ante los demás”*.

Frente a esta condición frágil del ser humano, sometido a continuas luchas y contiendas, la Sabiduría recomienda moderación y paciencia. Esto lleva consigo aceptar toda privación y afrenta que surja por respetar a los demás, por ser comprensivos con los deseos de los otros y buscar en todo momento la paz y la justicia. No se trata de renunciar a nuestros deseos sino de invertirlos en acciones mucho más rentables y generosas.

Jesús es bien explícito al corregir la ambición y afán de ocupar los primeros puestos afirmando que para ser el primero en el reino de Dios es necesario dejar pasar primero a los otros, ocuparse de ellos y ponerse a su servicio. El mayor enemigo de esta enseñanza de Jesús es el egoísmo que se erige como principal oponente a la disponibilidad y atención a los demás. Invocando nuestra experiencia y sabiduría terrena, frente a la sabiduría que viene de Dios y nos enseña a comportarnos como lo hizo su propio Hijo.